

Heven

Desde los albores del tiempo; las gélidas tierras nórdicas de Midgard, donde el frío penetra en los huesos como una aguja, siempre han sido objeto de leyenda y mitos, de seres, hogar de deidades y criaturas que escapan a nuestra comprensión.

La mente en blanco, la fatiga, tanto física como mental, que hace mella en el espíritu.

En el fragor de la batalla, uno que es mudo, dos miradas se miden en lo que se antoja una eternidad. Ráfagas de viento que erizan la piel, y un silencio que augura una épica batalla. Un humano que osa enfrentarse a una bestia magnífica.

Aquel hombre, no parecía más que una mota de polvo ante la magnitud de aquella serpiente. Su rival era la serpiente del fin del mundo, Jörmungandr.

Aquel hombre, vestido con apenas unos harapos, negros como el azabache, iba cubierto con una capa, que ocultaba toda su figura, haciéndole ver como una sombra. Era un hombre robusto cual oso, musculado por la batalla.

El único armamento que ese guerrero llevaba era una espada, un mandoble extraordinario, el cual tenía una hoja extremadamente larga, y bastante más ancha de lo normal. Esta espada no tenía guarda, y estaba muy gastada, con el filo mellado, seguramente por los cientos de vidas que habría cobrado ya.

Con un rictus de impasibilidad, el guerrero se abalanzaba sobre la mítica criatura, espada en mano, al mismo tiempo que el reptil siseaba amenazante.

La velocidad de aquel hombre era sobrehumana, con lo cual se puso a la altura de su oponente con unas pocas zancadas. Jörmungandr se sacudió violentamente, haciendo retroceder al espadachín, y una vez estuvo este a una distancia prudente, se lanzó sobre él. Una nueva tentativa de ataque por parte del guerrero puso a la

bestia alerta, y esta, con un movimiento rápido, reptando, se apartó precipitadamente.

Los dos oponentes, exhaustos, se miraron fijamente, con la mirada de quien está mirando a la muerte.

Tras recobrar el aliento, el espadachín tomó de nuevo el pesado mandoble, e intentó abordar a la serpiente otra vez, corriendo ahora hacia su cuello, y subiendo por este, para intentar cortar su cabeza. La bestia comenzó a estremecerse, furiosa, mientras que el guerrero, subido encima de aquella bestia legendaria, luchaba por aferrarse a aquella piel, dura por las escamas, y recubierta por musgo y piedras. Cuando se dispuso a clavarle la gruesa hoja justo detrás de la cabeza, Jörmungandr perdió el control y empezó a retorcerse violentamente en todas direcciones, haciendo al espadachín caerse desde una gran altura, siendo golpeado brutalmente por su cola.

Con varios huesos rotos, aquel hombre yacía inmóvil en el suelo, con un charco de sangre alrededor de su boca, y la bestia, aún agitada, inspeccionaba el cuerpo, como temerosa de que ese amasijo de huesos, piel y músculos resucitara.

El sol del ocaso iluminaba el cuerpo inerte del guerrero cuando la serpiente ya se marchaba, lo que le daba un tono carmesí intenso, casi de ficción.

Tras la intensa batalla, aquel hombre, tendido en el suelo, frío, luchaba por su vida cuando su oponente se jactaba de su victoria.

Algo dentro ese miserable hombre aún estaba vivo, una sed insaciable de venganza que ardía como un incendio interior. Una rabia que le atormentaba, y le hacía perder la cordura, una vorágine de sentimientos que le consumía, y le gritaba una y otra vez que empuñara otra vez la espada, que acabara con su enemigo, que reclamara lo que era suyo, y esta rabia fue lo que le hizo levantarse nuevamente con afán de

asesinar a la criatura. En el suelo, tomó la pesada espada, la cual utilizó para apoyarse y ponerse de pie.

Con la criatura de espaldas a él, y con las heridas que presentaba, le sería imposible arremeter contra la serpiente, así que sus únicas opciones se limitaban a lanzar su espada, a modo de jabalina, a la cabeza del reptil, y así vencerla. Se preparó para lanzar aquel trozo de metal absurdamente grande, sosteniéndolo sobre su cabeza con los brazos en alto.

El metal pulido de la espada brillaba con la luz del atardecer, y los ropajes que el guerrero llevaba, ondeaban al viento como una bandera negra que clamaba venganza. Sólo había una oportunidad, pues si el guerrero fallaba, la serpiente no tendría piedad esta vez. Con el cuerpo entero en tensión y los ojos fijos en su objetivo, el guerrero lanzó su espada. Durante unos instantes, sólo se escuchaba el silbido de la espada cortando el aire, y en un parpadeo, una imagen atroz se mostraba ante los ojos castaños del espadachín. La espada, cuyo filo ahora estaba bañado con la sangre del animal, había perforado el torso de la bestia, clavando a esta en el suelo, imposibilitando su huida. El hombre, a duras penas se acercó al animal, seguramente herido de muerte, y allí retiró el mandoble, dispuesto a dar el golpe de gracia.

Los ojos del reptil, inexpresivos, le pedían clemencia, pero el esgrimidor, dejó caer su pesada espada, cercenando el cuello de su oponente.

Aquel diminuto hombre había vencido a la inmensidad de una bestia mitológica, la cual yacía en el suelo, sin cabeza.

det "RØR"